

TEORIZACIÓN FEMINISTA SOBRE VARONES Y MASCULINIDAD: APLICACIÓN DE PERSPECTIVAS FEMINISTAS PARA MEJORAR LA PRAXIS DE LOS VARONES Y LAS MASCULINIDADES EN LA UNIVERSIDAD

Ashley M. BROWN
Khaled J. ISMAIL

SUMARIO: I. *Feminismos liberales*. II. *Feminismos radicales*. III. *Feminismos psicoanalíticos*. IV. *Teorías feministas multidimensionales*. V. *Feminismos posmodernos y posestructuralistas*. VI. *Cartografía de las teorías feministas sobre la práctica de los varones y las masculinidades en la universidad*. VII. *Aplicación de perspectivas teóricas feministas*.

Desarrollado en Estados Unidos a principios de la década de los setenta a partir del movimiento de liberación de las mujeres, el feminismo académico nació con el propósito de entender las causas y el impacto de la desigualdad de género, y sirviéndose de instrumentos como los conceptos de “dominación”, “opresión” y “explotación” para pensar las experiencias de las mujeres, desarrolló teorías y métodos antisexistas (Gardiner, 2005; Hanmer, 1990). Conforme las académicas trabajaban para deconstruir la categoría “mujer” y desarrollar una comprensión más compleja y matizada del sexismo y el género (Hill, 2003), también “se volvieron cada vez más cuidadosas en relación con volver a caer en la preservación del «varón» como sujeto sin género” (Shapiro, 1994; 11). Las teóricas feministas buscaron por ello exponer y problematizar la construcción y función de la masculinidad como parte de la comprensión del patriarcado y del posicionamiento dominante de los varones. Estas líneas del pensamiento feminista tuvieron un papel clave en la posterior aparición de los estudios académicos sobre masculinidad, aproximadamente una década después. Gardiner señaló, en efecto, que “El pensamiento feminista resultó fundamental, en términos de empresa intelectual, temas académicos y movimientos sociales, para la formación de los estudios contemporáneos sobre varones y masculinidad” (2005: 36).

En tanto los estudios sobre masculinidad continúan desarrollándose, como lo demuestra el que tengan cada vez más presencia tanto en cursos universitarios, revistas académicas y libros como en asociaciones y conferencias de profesionales (Gardiner, 2002), hubo un intenso debate entre las académicas feministas sobre su papel, riesgos y significado. Entre las críticas a los estudios sobre masculinidad, una de las principales es que no “abordan de manera explícita, como prioridad teórica principal, cómo en la teoría de la masculinidad se usa, cita y analiza la teoría feminista” (Robinson, 2003: 130). Los estudios académicos sobre masculinidad no sólo adolecen de compromiso insuficiente con las complejidades y contradicciones del feminismo, sino que en muchos casos ignoran por completo la teoría feminista (McMahon, 1993; Ramazanoglu, 1992). En los escritos más contemporáneos sobre masculinidad aparecen algunos ejemplos de compromiso más reflexivo con la teoría feminista, pero sigue tratándose de referencias abrumadoramente limitadas y selectivas (Berggren, 2014; McCarry, 2007; O’Neill, 2015). La relación con el feminismo, por ejemplo, suele reducirse a “una o dos feministas, que representan una única línea teórica en el marco de una perspectiva particular” (Robinson, 2003: 132), y en general se reconoce a aquellas en quienes se percibe afinidad con los problemas de los varones. Además, los estudiosos de la masculinidad a menudo “mencionan el feminismo pero no lo citan, para a continuación citar a otro hombre cuyo trabajo, tanto como el suyo propio, tiene ese origen intelectual” (Hanmer, 1990: 444). Al pasar por alto el examen crítico de la teoría feminista, estos académicos parecen indicar que el feminismo académico no ha problematizado todavía la masculinidad (McMahon, 1993), poniendo con ello los estudios sobre masculinidad al frente del proyecto intelectual. Pero el examen de los varones y la masculinidad siempre estuvo presente en la teoría feminista (Hanmer, 1990; Robinson, 2003), y las académicas feministas tienen la convicción profunda de que los estudios sobre masculinidad no se habrían desarrollado sin las contribuciones directas del feminismo (Carrigan *et al.*, 1985; Gardiner, 2005). Hanmer escribió: “Reducir los estudios sobre la mujer al estudio de la mujer y a las diferencias entre nosotras es negar sus orígenes” (1990: 446) en el movimiento de liberación de la mujer tanto como en sus críticas a las construcciones patriarcales de la masculinidad. En su lucha por impulsar los objetivos de la equidad de género, las académicas feministas adoptaron enfoques variados y controvertidos de la masculinidad, el poder patriarcal y el potencial para la transformación estructural del género (Gardiner, 2005; Ramazanoglu, 1992).

En este artículo buscamos explicitar los enfoques teóricos feministas sobre varones y masculinidades que se encuentran no sólo entre las líneas de los es-

tudios académicos sobre masculinidad, sino también en la praxis a la que dan forma. Nuestro interés en entender la teorización feminista sobre los varones y la masculinidad surge de nuestras experiencias personales en el desarrollo de espacios destinados a que quienes se identifican como varones participen en el diálogo y la autorreflexión sobre la masculinidad, el género y el poder. Mientras trabajaba en un campus universitario, Ashley ayudó a diseñar un programa de seis semanas sobre varones y masculinidades, para lo cual contó con Khaled como una de las principales facilitadoras. A continuación, Khaled llevó su trabajo de generación de conciencia sobre la masculinidad fuera del campus, con la oferta de talleres de cuatro horas para varones interesados de la comunidad en general. En tanto gran parte de nuestro trabajo se ancla directamente en la literatura de los estudios sobre masculinidad, no faltan momentos en que percibimos contradicciones en nuestra práctica y pensamiento. ¿Cómo podemos, por ejemplo, considerar las formas en que los varones se sienten perjudicados por las expectativas de masculinidad hegemónica *y al mismo tiempo* poner en la mira el papel que toca a los varones cisgénero en la puesta en crisis de la opresión de género? ¿Qué podemos aprender de la teoría feminista para entender las oportunidades y riesgos potenciales de la praxis de los varones y las masculinidades en tanto perspectiva para impulsar la equidad de género? En el examen de las diversas corrientes de la teoría feminista esperábamos encontrar una guía que nos permitiera trabajar con nuestras suposiciones, intenciones y enfoques. En este artículo analizamos las teorías feministas liberales, radicales, psicoanalíticas, multidimensionales, posmodernas y posestructuralistas, junto con las críticas significativas que han recibido, para presentar perspectivas diversas con las cuales examinar a los varones y las masculinidades. A continuación, analizamos las formas en que las teorías feministas se relacionan con la praxis actual de los varones y las masculinidades en la educación superior, demostrando cómo estas iniciativas pueden, sin quererlo, basarse en enfoques reduccionistas.

Para concluir, abogamos por que quienes tienen a cargo las iniciativas programáticas feministas reconozcan los matices, limitaciones y oportunidades que las diversas corrientes de la teoría feminista ofrecen a la praxis de los varones y las masculinidades universitarias, y convocamos a su aplicación crítica.

I. FEMINISMOS LIBERALES

El feminismo liberal surgió del pensamiento de la Ilustración del siglo XVIII y de sus ideales de libertad e igualdad de derechos (Mann y Patterson, 2016).

“Al reaccionar contra las acusaciones de que las mujeres eran irracionales, débiles, agresivas y pecaminosas, las primeras defensoras de las mujeres pusieron en acción una serie de estrategias”, entre ellas sostener que las mujeres son iguales o superiores a los varones, o investigar el significado de la igualdad (Gardiner, 2005: 36). Mary Wollstonecraft, por ejemplo, criticó el “tipo de educación desordenada” (2001: 15) dirigida a hacer que las mujeres sean agradables; argumentó que la educación debe contribuir a que la mujer ejercite su mente para así poder “convertirse en amiga y no en una subordinada modesta de su esposo” (*ibidem*, 22). Los enfoques feministas liberales fueron principalmente defensivos, y mientras luchaban por la igualdad con el poder y los derechos de los varones, las autoras feministas de esta época alternaron entre estrategias que imitaban y criticaban a los varones (Gardiner, 2005).

Una de las contribuciones más importantes del feminismo liberal fue poner de relieve la distinción entre sexo y género socialmente aprendido, para demostrar que “los roles de género pueden transformarse socialmente mediante la acción social y política consciente tendiente a fomentar una sociedad más igualitaria” (Mann y Patterson, 2016: 49). El enfoque teórico del rol sexual promovido por el feminismo liberal describe la opresión de las mujeres como resultado de las expectativas socializadas sobre los roles de género, que ubican a los varones en una posición dominante (Pease, 2000). Por lo tanto, en su lucha en pos de la equidad de género, las teorías feministas liberales sostienen que cambiar las leyes, repensar la socialización infantil, examinar la matriz genérica de los medios, el Estado y las profesiones, así como fomentar la educación contra los prejuicios podría remediar la opresión de género (Gardiner, 2005; Pease, 2000). Margaret Mead, por ejemplo, llamó a cambiar las formas en que se socializa a los niños, con el argumento de que “se puede entrenar a las niñas exactamente como a los niños; enseñarles el mismo código, las mismas formas de expresión, las mismas ocupaciones” (1935: 79).

Debido a que se centra en políticas de reforma social, las críticas al feminismo liberal apuntan a su falta de análisis histórico y de énfasis sobre el poder económico y político que los varones ejercen sobre las mujeres (Pease, 2000). Se critica que el feminismo liberal no busca más que “incluir a las mujeres en las instituciones actuales, dominadas por varones, aceptando un modelo restrictivo y estrecho de igualdad sin cuestionar las normas masculinas” (Gardiner, 2005: 37-38). Además, el feminismo liberal es criticado por suponer que los varones pueden poner fin a la socialización de género y transformarse individualmente mediante actividades de concientización sin hacer frente a las estructuras patriarcales de mayor alcance que hay en

juego (Pease, 2000). La teoría feminista liberal sobre los varones y la masculinidad suele priorizar la reforma por sobre la revolución, ignorando de este modo la centralidad en términos de opresión a las mujeres que el dominio patriarcal tiene en todas las instituciones (Mann y Patterson, 2016; Pease, 2000). Las teorías feministas radicales, por su parte, presentan una crítica más aguda del poder de los varones, definiendo la masculinidad como opresiva por naturaleza y colocando la violencia de los varones en el centro de los análisis de género (McCarry, 2007; Robinson, 2003).

II. FEMINISMOS RADICALES

Las teorías feministas radicales desafían la centralidad del poder de los varones y su opresión global sobre las mujeres. En función de la naturaleza interconectada de la opresión a las mujeres, las feministas radicales abordan temas relacionados con la reproducción biológica, la sexualidad, el trabajo, la violación, la violencia doméstica y el acoso sexual, y para la liberación de las mujeres abogan por la transformación tanto de las estructuras sociales como de los individuos (Ashe, 2007; Robinson, 2003). Algunas de sus variantes exigen específicamente la transformación drástica de los varones y la masculinidad. En tanto consideran “el poder de los varones sobre las mujeres... como principio organizativo más básico e importante de la vida social” (Pease, 2000: 13) y la más omnipresente de todas las opresiones, estas teorías retratan a los varones como opresores de las mujeres y a la masculinidad como “instrumento y signo de su poder” (Gardiner, 2002: 3). The Redstockings, por ejemplo, “identifican a los agentes de la opresión a las mujeres como varones... Todas las estructuras de poder a lo largo de la historia han estado dominadas y dirigidas por los varones. *Todos los varones* reciben beneficios económicos, sexuales y psicológicos de la supremacía masculina. *Todos los varones* tienen mujeres oprimidas” (1969: 100). El pensamiento feminista radical no sólo aboga por conmovir y modificar las instituciones dominadas por los varones, las académicas también cuestionan las formas en que los varones mantienen el poder a través de sus prácticas individuales.

En la producción teórica del feminismo radical, la violencia masculina marcada por el género ocupa el centro del análisis y, en algunos casos, se la caracteriza incluso como la definición misma de la masculinidad (Gardiner, 2005). Estas feministas han retomado la teorización sobre los varones y la masculinidad porque “la violencia y la reducción de la violencia no pueden entenderse adecuadamente sin una comprensión profunda de las masculinidades” (DeKeseredy y Schwartz, 2005: 363). La teorización de

la masculinidad desde una perspectiva feminista radical abre un espacio para que las académicas examinen y analicen críticamente las prácticas materiales de los varones con el fin de deconstruir su poder (McCarry, 2007). Al centrarse en el uso de la violencia por parte de los varones contra las mujeres, el feminismo radical no sólo revela su papel dominante en la inequidad de género, también crea una plataforma desde la que se exige la transformación de los varones. The Redstockings se hicieron eco de este sentimiento y afirmaron: “No necesitamos cambiarnos a nosotras, sino cambiar a los varones” (1969: 100).

Que la elaboración teórica de la masculinidad del feminismo radical tenga un papel clave en hacer del poder de los varones el núcleo de la opresión a las mujeres no impide que sea objeto de crítica y debate entre académicas feministas. Una crítica común es que suscribe el esencialismo, ya que considera la femineidad y la masculinidad como rasgos de los cuerpos femenino y masculino respectivamente. Se lo acusa, por ejemplo, de clasificar como “varones”, en términos de género, a quienes ejercen la violencia y, por lo tanto, de establecer que “todos los varones son inmutablemente violentos solo por ser varones” (McCarry, 2007: 405-406). En tanto esencializan tanto a las mujeres como a los varones, las teóricas radicales se vuelven también objeto de crítica por pasar por alto cuestiones de raza, clase y ubicación global mediante el recurso a un marco de hermandad entre mujeres que las englobaría a todas (Gardiner, 2005; Mann y Patterson, 2016; Segal, 1990). Otras académicas feministas cuestionan el feminismo radical por expresar sentimientos antivarones y perjudicar así la lucha por alcanzar los objetivos feministas de la equidad de género. Segal (1987), por ejemplo, manifestó preocupación por que el pensamiento feminista radical castiga a los varones por su rapacidad y violencia innatas; argumentó que al centrarse en la violencia masculina, el feminismo radical está renunciando a los varones, mientras ellos muestran cada vez mayor voluntad de adoptar ideologías feministas. En esa misma línea, hooks (1998) señaló que el separatismo que promueve el feminismo radical excluye de manera problemática a los varones del movimiento. Reuther estuvo de acuerdo en que el movimiento debe incluir a los varones para dismantelar el poder patriarcal, siempre que sean capaces de “reconocer la injusticia de sus propios privilegios históricos como varones y reconocer las ideologías y estructuras económicas, políticas y sociales que mantienen tal privilegio en su lugar” (1992: 17). Es evidente que la teoría feminista radical abunda en perspectivas variadas sobre la opresión que las mujeres sufren por parte de los varones y en enfoques para interferir efectivamente la violencia de los varones. Si bien las teorías femi-

nistas radicales suponen de manera problemática un binarismo (*binary*) absoluto de género y sexo, es importante reconocer cuánto han contribuido a revelar la dominación masculina en prácticas e instituciones que hasta hace un tiempo se juzgaban naturales o neutrales (Gardiner, 2005). Las teorías feministas psicoanalíticas amplían este examen de la opresión de las mujeres indagando la internalización inconsciente de la dominación.

III. FEMINISMOS PSICOANALÍTICOS

Convencidas de que acabar con la opresión a las mujeres no puede ser resultado únicamente de factores sociológicos (Mitchell, 1975), algunas teóricas feministas se volcaron al pensamiento psicoanalítico para examinar la formación inconsciente de la masculinidad y su impacto tanto en mujeres como en varones. Mitchell (1975) justificó este giro en la noción de que las ideologías dominantes están tan profundamente incrustadas en el inconsciente de las mujeres que los enfoques psicoanalíticos son necesarios para entender cómo se las internaliza. En la misma línea, Rose sostuvo que es en “el diálogo entre el feminismo y el psicoanálisis... donde se puede entender de manera cabal toda la complejidad de lo «personal» y la «sexualidad»” (1983: 19).

En su intento por explicar el dominio de los varones sobre las mujeres —y también sobre otros varones—, la mayoría de los análisis feministas psicoanalíticos se basa en la teoría de las relaciones objetales. La aplicación que hace Chodorow (1978) de esta escuela de pensamiento se considera el desarrollo más influyente del feminismo psicoanalítico. Chodorow examina la formación de la masculinidad en el desarrollo de los varones (1978) y señala que la experiencia de ser cuidado por las madres conduce a una psicología de dominio masculino y a sentimientos de superioridad en relación con las mujeres (Connell, 1994; Pease, 2000). Cuando el objeto primario de amor de los niños deja de ser la madre, comienza a desarrollarse a partir de su necesidad de rechazarla la construcción insegura, “defensiva y compensatoria” de la masculinidad (Connell, 1994; McMahon, 1993; Gardiner, 2005: 42). Dinnerstein (1976) sostuvo que este rechazo de la femineidad es la base del odio y la violencia de los varones hacia las mujeres. Rubin (1985) afirmó más tarde que en esta misma línea de pensamiento se puede conectar la violencia de los varones con su “incapacidad de «expresar emociones» y satisfacer las «necesidades de intimidad» de las mujeres” (citado en McMahon, 1993: 677). Las académicas feministas de esta línea se enfrentan al dominio de los varones en la misma escuela psicoanalítica. Irigaray (1985) cuestionó específicamente por su naturaleza falocéntrica el con-

cepto freudiano de envidia del pene y desarrolló en su lugar la teoría de la ansiedad de castración para definir la masculinidad “como una condición de carencia, vulnerabilidad y debilidad” (citado en Gardiner, 2005: 38). Las teorías feministas psicoanalíticas, al poner de relieve las inseguridades y temores de los varones a la feminidad, no sólo mejoran nuestra comprensión del deseo de los varones de combatir a las mujeres, sino que brindan un análisis de las formas en que los mismos varones se ven afectados por la construcción de la masculinidad (Cornell, 1998). En tanto la masculinidad establece estándares inalcanzables también para ellos, Cornell (1998) creía que los varones verían la importancia de alinearse con el feminismo a fin de liberarse de tales expectativas restrictivas.

El uso de enfoques psicoanalíticos para comprender a los varones y la masculinidad dividió a las académicas feministas. En particular, las feministas radicales se opusieron a esta línea teórica por servir como herramienta ideológica para manipular a las mujeres y defender el patriarcado y la heterosexualidad (Gardiner, 1992). Dworkin (1987), por ejemplo, se refirió a Freud como un pornógrafo, mientras que Daly criticó las teorías psicoanalíticas por culpabilizar a madres y mujeres (Gardiner, 1992). Brittan (1989) estuvo de acuerdo en que las teorías psicoanalíticas pueden “liberar a los varones” (como se cita en Pease, 2000: 195) al centrarse en el papel de las mujeres en la reproducción del sistema de género. Si bien las teóricas del psicoanálisis están de acuerdo con que Freud fue un producto sexista de su época (Gardiner, 1992), no están dispuestas a cuestionar la influencia del psicoanálisis en el pensamiento feminista. Según argumentó Chodorow: “Hasta que tengamos otra teoría sobre los procesos mentales inconscientes, el conflicto, y las relaciones de género, la sexualidad y el yo, lo mejor que podemos hacer es quedarnos con el psicoanálisis, por lo que incluye y por lo que puede decirnos” (1989: 4).

Las teorías feministas psicoanalíticas también son objeto de crítica por no abordar las realidades multifacéticas de las estructuras sociales. La teoría de las relaciones objetales, por ejemplo, centra el papel de la socialización infantil en la internalización de la dominación masculina por parte de los niños varones, sin recurrir a las teorías sobre el poder (Ramazanoglu, 1992). Esta línea teórica “ignora la multiplicidad de prácticas sociales que separan a los niños de las niñas... subvalora la importancia de las estructuras sociales e ideológicas fuera de la familia... y no tiene en cuenta las diferencias de clase y raza” (Pease, 2000: 22). Además, a diferencia de las perspectivas teóricas liberales y radicales, las teorías feministas psicoanalíticas no ofrecen estrategias para la transformación social (Sprengnether, 1990). Estas críticas

destacan cómo los enfoques psicoanalíticos pueden alejarse de las prácticas de los varones y de su responsabilidad en el cambio social. Al presentar la “psiquis masculina como dañada, herida, [y] necesitada de reparación”, las teorías feministas psicoanalíticas posibilitan que se coloque a los varones bajo una luz trágica (McMahon, 1993: 687). Más aún, al explorar la relación entre las construcciones de la masculinidad y los comportamientos compensatorios de los varones arraigados en su inseguridad e incapacidad de expresar emociones, McMahon (1993) sostuvo que es posible pensar en ellos como psicológicamente en desventaja en comparación con las mujeres.

Las vertientes liberales, radicales y psicoanalíticas ofrecen en su mayoría interpretaciones ahistóricas y binarias de la masculinidad y el patriarcado. Como resultado, se entiende que la dominación de los varones no cambia, es fija e incluso que tiene raíces en el determinismo biológico, con lo que se simplifican en exceso las estructuras de género y poder (Connell, 1994; Rowbotham, 1981). Las teorías multidimensionales son una respuesta a estas formas de pensamiento monolítico. Al situar la masculinidad en matrices de poder (Wright, 2005), las perspectivas multidimensionales exploran una jerarquía de masculinidades en las que los varones tienen distintos niveles de acceso al poder.

IV. TEORÍAS FEMINISTAS MULTIDIMENSIONALES

Desde el surgimiento del discurso feminista, tanto las feministas de color como las de raigambre marxista cuestionaron los modos en que el feminismo perpetúa las perspectivas de las mujeres blancas y de clase media, excluyendo al mismo tiempo las voces de las mujeres que están en los márgenes (Gardiner, 2005). Las teorías multidimensionales del feminismo, vistas desde perspectivas como la del pensamiento feminista negro, el feminismo del tercer mundo estadounidense o la conciencia mestiza (Anzaldúa, 1987), reconocen la interrelación de la opresión de las mujeres en función de su ubicación social. Centrándose en la raza, las feministas negras allanaron el camino también a perspectivas complejas sobre los varones y el poder patriarcal.

Así como las teóricas feministas negras han cuestionado cómo la blanca opera en la esencialización de las experiencias de las mujeres, también afirman que

...una comprensión monolítica de los varones pasa por alto la violencia y las implicaciones discriminatorias de la supremacía racial blanca, quitando centralidad tanto a la complicidad de las mujeres blancas con los varones de su propio grupo racial como a las alianzas antirracistas entre géneros... algunos

varones están, de hecho, oprimidos por las mujeres de la clase dominante (Wiegman, 2002: 35).

En lugar de considerar que los varones ejercen un dominio universal, esta línea teórica reconoce una pluralidad de “masculinidades diferentes [que] se encuentran en diferentes relaciones con el poder” (Ramazanoglu, 1992: 342). Partiendo del estudio de las experiencias de los varones negros, estas teorías articulan la opresión compartida por mujeres y varones negros en el marco de las estructuras supremacistas blancas, y al mismo tiempo lidian con las tensiones entre ambos grupos. Combahee River Collective (1977: 249) señaló:

...sentimos solidaridad con los varones negros progresistas y no propiciamos el fraccionamiento que exigen las mujeres blancas separatistas. Nuestra situación de personas negras exige que seamos solidarias con el hecho de la raza, algo que las mujeres blancas, por supuesto, no necesitan hacer con los varones blancos —a menos que se trate de solidaridad negativa como opresores raciales—. Luchamos junto con los varones negros contra el racismo, y al mismo tiempo luchamos con ellos por el sexismo.

hooks criticó de manera similar el separatismo del feminismo radical, afirmando que las mujeres de color y las mujeres pobres o de clase trabajadora tienen más en común con los varones de sus grupos de raza o clase marginados que con las “mujeres blancas burguesas” (1998: 266). Al exigir solidaridad con los varones negros, las feministas negras impulsan la idea de que los varones también pueden estar oprimidos. Al identificar la masculinidad negra (Ramazanoglu, 1992) y equilibrar la empatía con los varones negros y las críticas que les hacen, las teóricas feministas negras sitúan las construcciones de género en la historia del racismo estadounidense para “examinar críticamente las dificultades que enfrentan los varones de color para alcanzar las versiones dominantes de la masculinidad”, “criticar las formas de masculinidad que dependen del sexismo y la supremacía masculina” (Gardiner, 2005: 43), e invitar a los varones negros a unirse a ellas en la creación de un mundo más justo.

Otras feministas estadounidenses de color y feministas globales tienen perspectivas ampliadas sobre las masculinidades situadas histórica y culturalmente. Para combatir la cultura occidental blanca dominante, estas teóricas feministas llaman a los varones a que, dentro de sus comunidades, colaboren y contribuyan a la liberación en las luchas compartidas (Gardiner, 2005). Los aportes de las feministas negras y de otras feministas de color interfieren las teorías previas sobre la masculinidad y, al poner la mira en la

raza, la clase, la sexualidad y otras identidades sociales, alientan una exploración mayor de cómo los varones acceden al poder diferencial. Ramazanoğlu (1992) postuló que la noción de masculinidades múltiples y jerárquicas dio lugar a tres líneas teóricas del pensamiento feminista, cuyos respectivos ejes apuntan a deconstruir la práctica de la masculinidad, considerar a los varones como opresores y oprimidos, y reconocer las formas en que los varones ejercen poder sobre otros varones.

Connell (2005) unificó estas tres líneas teóricas en su estudio sobre los varones y las masculinidades. Con el argumento de que reconocer más de un tipo de masculinidad es sólo un primer paso, analizó las jerarquías de poder entre los varones a través del concepto de “masculinidad hegemónica”. La masculinidad hegemónica describe las prácticas dominantes de género que corporizan la legitimidad del patriarcado y el privilegio de los varones blancos, heterosexuales, con cuerpos plenamente capaces, adinerados y cisgénero (Jourian, 2018; Smirnova, 2018). Ubicando la masculinidad hegemónica en un lugar de dominación y superioridad, Connell describió cómo oscurece la feminidad y otras formas de masculinidad “subordinadas” y “marginadas”, que muchas veces están arraigadas a la sexualidad, la raza, la etnia y/o la clase (Howson, 2006). Por ejemplo, “la masculinidad de un hombre blanco heterosexual y la masculinidad de un hombre negro gay se valoran de manera diferente, lo que nos recuerda que la relación entre sexo, género y poder social está menos fijada de lo que a menudo podríamos pensar” (Cox *et al.*, 1997: 178). Connell, lo mismo que las teóricas feministas negras mencionadas, trabajó para lograr un equilibrio en comprender a los varones en calidad de opresores tanto como de oprimidos. Su modo de entender la masculinidad hegemónica “pone en primer plano la pluralidad de masculinidades jerarquizadas y la complicidad de todos los varones, incluso de aquellos que disfrutaban de una porción menor del dividendo patriarcal, en el mantenimiento de los regímenes de privilegio masculino” (Williams, 2013: 163).

Las respuestas a las nociones multidimensionales de masculinidad y poder de género tienen tantos matices como las propias teorías. Si bien en general se la considera un desplazamiento teórico considerado más crítico e inclusivo, las feministas también tienen cuestionamientos considerables para esta conversación ampliada. Hubo, por ejemplo, un debate importante en relación con el uso de la teoría de la interseccionalidad de Crenshaw (1989) en el análisis de los varones y la masculinidad. Específicamente, el análisis de Crenshaw pone en la mira el borrado y la exclusión de las mujeres negras de la política legal. Debido a que ella desarrolló su teoría cuando

estudiaba las experiencias de mujeres negras que sufrían formas múltiples de opresión, “hay quienes cuestionan que sea un método idóneo para entender la condición de los varones” (Williams, 2013: 165), quienes aunque estén socialmente subordinados también pueden tener privilegios de género. Mutua (2013), sin embargo, critica la teoría de la interseccionalidad por no reflejar adecuadamente la complejidad de las vidas de los varones de color. Esta autora apunta a los modos en que la teoría de Crenshaw (1989) enmarca gran parte del pensamiento feminista negro sobre los varones y la masculinidad. Como se señaló en el extracto del Combahee River Collective, cuando la interseccionalidad se aplica a varones negros permite, según Mutua (2013), un análisis de cómo los varones negros, por un lado, gozan de privilegios por su género y, por otro, están subordinados por su raza. Pero mediante el ejemplo de los perfiles raciales, Mutua demostró que los varones negros sufren racismo de género (*gendered racism*), con lo que la noción del dominio universal de los varones se complejiza. En consecuencia, sostuvo que “en el contexto de las personas de color, la presunta posición de género privilegiada de los varones no siempre se verifica” (Mutua, 2013: 347). De acuerdo con todo ello, Mutua (2013) aboga por una teoría multidimensional que permita entender mejor las experiencias de los varones en sistemas jerárquicos complejos.

También aparecieron cuestionamientos relacionados con el impacto de conceptualizar masculinidades múltiples. En cierto modo, comprender las masculinidades como multidimensionales dio lugar a que las feministas exigieran solidaridad política con los varones en su lucha compartida por la liberación. hooks escribió: “En gran medida, el movimiento feminista no logró atraer mujeres y varones en número considerable porque nuestra teoría no pudo responder no solo a la cuestión de qué podrían hacer los varones para ser antisexistas, sino también a cómo podría ser una masculinidad alternativa” (2015: 70). La autora (1998) afirmó también que sin los varones como “camaradas de lucha” el movimiento feminista no progresaría. Un feminismo que incluyera a los varones, sin embargo, podría complicar la lucha por poner fin a la opresión de género. Al recurrir al marco históricamente situado donde se posiciona a los varones como opresores y oprimidos, hay riesgo de que el foco del análisis de género se coloque en el individuo y no en las estructuras que mantienen las desigualdades sociales (Haywood y Mac an Ghail, 2012). En tanto muchas teóricas feministas creen que todos los varones se benefician del actual orden de género (Bridges, 2008), es posible que no vean bien un desplazamiento como éste, que corre el eje del acceso de los varones al poder. Incluso hooks, en cuya opinión el feminismo debe-

ría reconocer que los varones pueden sufrir bajo el patriarcado, cree que un enfoque multidimensional no debe dejar de responsabilizar a los varones por la opresión de género. “Dado que los varones son los principales agentes que mantienen y apoyan el sexismo y la opresión sexista, éstos solo podrán erradicarse con éxito si se obliga a los varones a asumir la responsabilidad de transformar su conciencia” (hooks, 1998: 278).

Al recorrer la literatura se encuentran perspectivas variadas sobre cuánto puede aportar la multidimensionalidad a entender las construcciones de masculinidad y la dominación. Berggren explicó que los desafíos nacen de “reconciliar un intento de capturar la variabilidad histórica con una noción estructural transhistórica del poder de los varones sobre las mujeres” (2014: 234). Mientras Williams argumenta que, al poner de manifiesto la “relación contingente entre el privilegio masculino y los cuerpos masculinos”, las teorías de las masculinidades múltiples han funcionado para desestabilizar las ideas de género esencialistas (2013: 175), Whitehead sostiene que el concepto de masculinidad hegemónica, a pesar de sus esfuerzos por reconocer diferentes formas de masculinidad, sigue fortaleciendo una “estructura (masculina) fija” y dominante (2002: 94).

Los enfoques multidimensionales, junto con las teorías feministas liberales, radicales y psicoanalíticas, testimonian la difícil tarea de teorizar la masculinidad sin insistir en nociones binarias y biológicas de género. Incluso si las teorías multidimensionales cuestionan las categorías esencialistas de “varones” porque pasan por alto las experiencias donde intervienen determinaciones de raza y sexualidad, muchas todavía se apoyan en conceptos grupales como “varones negros” o “varones de color”. Peterson sostuvo que las “construcciones históricas y sociales específicas de la masculinidad no pueden disociarse de las construcciones de la feminidad” ni de términos como “masculino”, “hombre”, “femenino” y “mujer” (2003: 58). En respuesta, para alcanzar la liberación, las teorías feministas posmodernas y posestructuralistas propugnan el desmantelamiento tanto del concepto de género mismo como del binarismo.

V. FEMINISMOS POSMODERNOS Y POSESTRUCTURALISTAS

Surgido en los años ochenta y noventa, el feminismo posmoderno y posestructuralista ofrece nuevos métodos para conceptualizar y analizar el género. Las teóricas trabajan para identificar lo que se ha descuidado, silenciado o dado por sentado sobre el género (Hare-Mustin, 2004), para deconstruir el pensamiento y los conceptos dualistas y esencialistas que “sirven para regular

el comportamiento y excluir a los demás” (Mann y Patterson, 2016: 301). De hecho, en lugar de hacer críticas directas de los varones, la masculinidad y el poder patriarcal, las teorías feministas posmodernas y posestructuralistas enumeran las consecuencias de invertir en el género y sostienen que el desmantelamiento del género en sí mismo es la única forma de eliminar la opresión de género. El posmodernismo y el posestructuralismo teorizan el género como construido socialmente, dependiente del discurso, fluido, negociable y creado a través de *performances* repetidas (Gardiner, 2005; Mann y Patterson, 2016). Para efectivamente poner en crisis las estructuras de poder heterosexistas de género, las teóricas examinan críticamente cómo se fabrican discursivamente conceptos, categorías e ideologías (Peterson, 2003). En otras palabras, las teóricas feministas posmodernas y posestructuralistas luchan por desnaturalizar el sexo y el género (Peterson, 2003), y desvincular la identidad de género de la identidad sexual (Gardiner, 2005), para de ese modo imaginar un orden social nuevo que antes parecía imposible. Anne Fausto Sterling (2000), por ejemplo, escribió *Should There be Only Two Sexes?* para demostrar cómo la construcción social del binarismo masculino-femenino nos impide reconocer alternativas, tales como personas de sexos ambiguos o múltiples. Lorber (1994) argumenta, de manera similar, que el género se usa como forma de control social y aboga por la validación de muchas formas de sexualidad.

Butler (1990, 2004), una figura destacada del pensamiento posmoderno y posestructuralista, estudió a detalle las formas en que se categoriza y esencializa el género. Argumentó específicamente que “el discurso insiste en el binarismo hombre-mujer como única forma de entender el género... y obtura la posibilidad de pensar en su interrupción” (Butler, 2004: 43). Como parte de sus investigaciones para revelar la artificialidad de las normas de género convencionales, Butler (1990, 2004) teorizó que el género se produce a través de la *performance* y el discurso. La conceptualización del discurso de Foucault fundamenta gran parte de la teoría feminista posmoderna y posestructuralista. El análisis del discurso, al conectar el conocimiento con el poder, brinda una herramienta para examinar cómo “el esencialismo y las distinciones dualistas están insertos en las categorías y conceptos que emplean” (Peterson, 2003: 56), entre ellos los de “varones” y “masculinidad”. Por ejemplo, los varones se vuelven sujetos materialmente producidos a través de su participación en redes de poder y discurso (Heller, 2009). Según el pensamiento posestructuralista, incluso si los varones intentaran rechazar las identidades normativas, no lo lograrían, porque sus identidades normativas “todavía están hundidas en el poder” (Butler, 1990, citado en Heller, 2009: 584).

En un esfuerzo por desvincular el concepto de “masculinidad” del de “varones”, los teóricos posmodernos y posestructuralistas reconocen tam-

bién las masculinidades alternativas. Sedgwick (1985) desarrolló el concepto de homosocialidad para deconstruir el “sistema divisivo de categorización sexual” y demostrar cómo la homosexualidad y la masculinidad son interdependientes (citada en Edwards, 2005: 61). La investigación de Sedgwick (1985) enmarca una argumentación posterior que postula que la masculinidad no se relaciona únicamente con los varones. Halberstam (1998) afirmó, en la misma línea, que es posible estudiar la masculinidad sin varones. A partir de la noción de que la masculinidad es más complicada y transgresora cuando no está atada a un cuerpo masculino, Halberstam (1998) sostuvo que la masculinidad no puede entenderse completamente a menos que también se reconozca la masculinidad femenina. Su teorización sobre la masculinidad femenina es parte del proyecto posmoderno y posestructuralista más amplio para interferir las categorías sexuales y de género a las que diversas configuraciones de identidad no logran hacer frente.

El llamamiento de las teorías feministas posmodernas y posestructuralistas a poner en cortocircuito el pensamiento binario sobre el género produjo preocupación. Algunas teóricas feministas creen que “el posmodernismo es una artimaña mediante la cual los grupos dominantes vuelven a robarles la voz a las mujeres, esta vez eliminando una categoría como «mujer» o la realidad de la experiencia de las mujeres” (Hare-Mustin, 2004: 17). En tanto cuestionan las categorías de identidad, se considera también que las teorías posmodernas y posestructuralistas hacen imposible la acción política feminista al poner el eje en el individualismo y deslegitimar a las comunidades organizadas (Pease, 2000). Las teóricas feministas argumentan además que el posmodernismo y el posestructuralismo no interrogan las formas en que el patriarcado y la masculinidad se fortalecen estructuralmente (Edwards, 2005). Si bien algunas teóricas feministas contemporáneas apoyan la agenda posmoderna en su rechazo a las categorías esencialistas de género, también reconocen la necesidad de servirse ocasionalmente del esencialismo con fines estratégicos, postura conocida como esencialismo estratégico (Sayer, 1997; Spivac, 1988).

VI. CARTOGRAFÍA DE LAS TEORÍAS FEMINISTAS SOBRE LA PRÁCTICA DE LOS VARONES Y LAS MASCULINIDADES EN LA UNIVERSIDAD

Desde el surgimiento del feminismo académico, las teóricas feministas han propuesto perspectivas críticas diversas sobre la importancia de estudiar a los

varones y la masculinidad en el marco de la lucha por la equidad de género. Pero en los estudios académicos sobre masculinidad estas contribuciones fundacionales se usaron de manera estrecha y limitadora, lo que en última instancia termina afectando la praxis misma que constituyen. La praxis de los varones y las masculinidades en la educación superior, que incluye iniciativas programáticas y educativas a cargo del personal o de los claustros orientadas principalmente a los varones universitarios y al examen de las masculinidades, muchas veces se nutre de diversas corrientes de la teoría feminista, aun si se trata de influencias teóricas que no se nombran explícitamente. En esta sección estableceremos conexiones entre las teorías feministas y la praxis de los varones y las masculinidades universitarias para explorar las implicaciones de las diferentes vertientes del trabajo.

En la praxis universitaria de los varones y las masculinidades, las perspectivas feministas radicales tienen un lugar central en diversas iniciativas; por ejemplo, en la prevención de la violencia. Con el objetivo de poner fin a la violencia de los varones y a otros comportamientos dañinos, los campus han implementado esquemas de formación entre pares, cursos acreditables, intervenciones judiciales y programas de diálogo para involucrar a los universitarios en conversaciones sobre su responsabilidad personal como varones en las transformaciones tanto de sí mismos como en general de la cultura del campus. Lo radical de estas iniciativas se percibe en su objetivo de “redefinir el comportamiento masculino tradicional” (Harper, 2005: 580). Se dispusieron dispositivos diversos para que los varones exploraran ejemplos de masculinidad positiva (Harper *et al.*, 2005), reflexionaran sobre temas relacionados con la misoginia, el sexismo y la homofobia (Harris *et al.*, 2011) y aprendieran a cuestionar a otros varones y a intervenir en situaciones de potencial agresión sexual (Barone *et al.*, 2007); los ejemplos de praxis de varones y masculinidades resultaron efectivos en cuanto a “reducir en el campus la frecuencia de incidentes relacionados con el alcohol, agresiones físicas y sexuales y otros comportamientos no deseados cuya autoría correspondía de modo desproporcionado a estudiantes varones” (Harper *et al.*, 2005: 583). Este tipo de intervenciones prácticas se sirve de una perspectiva feminista radical que pone en la mira las prácticas materiales de los varones y tiene el objetivo de interferir su poder de género para crear cambios. Sin embargo, como han indicado las teóricas feministas, las aplicaciones de la teoría feminista radical implican el grave riesgo de fortalecer el esencialismo biológico, el heterosexismo y las interpretaciones fijas y binarias del género (McCarry, 2007).

Si bien en prevención de la violencia y otras intervenciones programáticas pueden reconocerse las perspectivas del feminismo radical, los ejemplos de miradas feministas liberales y psicoanalíticas son evidentes en los muchos tipos de praxis universitaria de varones y masculinidades que dan un lugar central al crecimiento personal de los varones y a su responsabilidad individual en el desarrollo de una conciencia crítica. A través de programas de diálogo, comunidades temáticas de aprendizaje experiencial, talleres, iniciativas de salud y bienestar y proyectos de tutoría, por nombrar unos pocos, los campus ofrecen a los varones, posibilidades de participar en la reflexión crítica y el diálogo para redefinir la masculinidad y ampliar la gama de estilos saludables y formas más auténticas de ser (Edwards y Jones, 2009; Harris y Harper, 2008; Harris, 2010). Estas perspectivas sobre la praxis de los varones y las masculinidades en la universidad pueden tener un papel fundamental en la transformación de las actitudes, las creencias y los comportamientos que tienen los individuos varones en relación con el género. Sin embargo, resulta problemático que estas intervenciones prácticas se apoyen en líneas de pensamiento liberales y psicoanalíticas que de diversas maneras sirven para mantener intactas las estructuras dominantes. Las perspectivas liberales de las prácticas de varones y masculinidades en la universidad, por ejemplo, ponen el acento en la toma de conciencia y la transformación individuales de los varones. Desde esta perspectiva, el enfoque pedagógico principal descansa en el supuesto de que si se ayuda a los varones a repensar su socialización en la infancia, a esclarecer las manifestaciones actuales de su género aprendido y las expectativas unidas a los roles de género, y a estudiar sobre discriminación y opresión, entonces la violencia y el daño, particularmente contra las mujeres, se reducirán. La limitación nodal de este enfoque es que se centra en la reforma de actores individuales, sin trabajar para dismantelar al mismo tiempo ni las estructuras patriarcales opresivas ni otras (Pease, 2000). En muchos sentidos, esta dinámica quita a los varones responsabilidad en relación con su propia transformación individual y la de quienes están en su esfera de influencia inmediata, en lugar de dirigir la energía a cambiar estructuras de poder y privilegio, modificar políticas y leyes o redistribuir recursos, por ejemplo.

Los marcos feministas psicoanalíticos se basan de manera similar en la praxis centrada en el individuo. Apoyándose en la noción de que la construcción de género de la masculinidad y la hombría, lo mismo que las normas operativas del patriarcado y la opresión basada en el género, impactan negativamente en el bienestar de los varones, quienes están a cargo de los programas se sirven de perspectivas psicoanalíticas. En lugar de involucrar

la praxis de los varones y las masculinidades a partir de su responsabilidad moral, el punto de acceso pasa a ser el de la liberación de los varones de las expectativas restrictivas y dañinas de la masculinidad hegemónica. Un ejemplo destacado de cómo actúa esta tensión se encuentra en la proyección del documental *The Mask You Live In* (2015) en numerosos campus universitarios de todo el país. Una sinopsis del documental señala:

The Mask You Live In sigue a niños y jóvenes en su lucha por mantenerse fieles a sí mismos mientras negocian con la estrecha definición de masculinidad de Estados Unidos... Nuestros protagonistas hacen frente a mensajes que los animan a desconectarse de sus emociones, minusvalorar las amistades auténticas, cosificar y degradar a las mujeres y resolver los conflictos de modo violento... creando un laberinto de problemas de identidad que los niños y los varones jóvenes deben navegar para convertirse en varones “reales”. Expertos en neurociencia, psicología, sociología, deportes, educación y medios intervienen también y ofrecen pruebas empíricas de la “crisis de los niños”, y tácticas para combatirla [*The Mask You Live In*, 2015, “Sinopsis”, párrafos 1-3].

Las proyecciones de este documental pueden brindar perspectivas efectivas para que los varones entiendan el trabajo de equidad de género y se comprometan con él; al mismo tiempo, con este tipo de enfoques se corre el riesgo de sobre-enfatizar el impacto del patriarcado en los niños y los varones de una manera que luego se desvía de las formas en que la socialización de los varones, y los sistemas que la hacen posible, están vigentes para mantener el patriarcado y la dominación.

Esta dinámica puede examinarse más a fondo a través de la lente de la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales. La teoría de las relaciones objetales, percibida como una perspectiva empática con las formas en que las estructuras patriarcales dañan también a los varones, tiene utilidad analítica para involucrarlos en el apoyo a la liberación de género, mientras simultáneamente luchan por liberarse de los roles de género restrictivos (Ashe, 2007). Varias personas académicas y profesionales, por ejemplo, centraron sus críticas al patriarcado en el costo emocional que la masculinidad tiene para los varones (Messner, 1998). Esta obsesión con la victimización de los varones se conoce como “masculinidad en crisis”; es la creencia de que “la hombría tal como la conocemos... requiere una identidad tan autodestructiva, un sacrificio tan profundamente masoquista, tal mutilación del yo... que el hombre que obedece a las demandas de la masculinidad se vuelve solo humano a medias” (Horrocks, 1994: 25; Traister, 2000). La “masculinidad en crisis”, que muchas veces funciona como un principio

subyacente en la praxis universitaria de varones y masculinidades, propone que la masculinidad dominante es un concepto abstracto que en realidad sirve a muy pocos varones individuales (Robinson, 2002). En tanto se basa en la teoría de las relaciones objetales, las iniciativas de este tipo pueden promover involuntariamente la participación de los varones en el feminismo de acuerdo con su propio interés, negando en consecuencia su agencia tanto en el mantenimiento del patriarcado como en el quiebre de la opresión de género (McMahon, 1993; O’Neill, 2015; Stoltenberg, 1977).

Las perspectivas feministas multidimensionales también son, en la praxis universitaria de varones y masculinidades, fundamento de enfoques diversos. Sirven de marco a programas destinados a brindar diversos tipos de apoyo a varones con identidades marginadas, y reconocen la pluralidad de masculinidades y sus relaciones diferenciadas con el poder. Por ejemplo, muchas de estas iniciativas adoptan la perspectiva de asistir a los varones de color en su navegación por los sistemas de opresión racial. Reconociendo que es necesario mejorar las tasas de retención universitaria y de graduación de los varones negros, por ejemplo, algunos programas les brindan oportunidades de explorar definiciones alternativas de masculinidad a través de tutorías, diálogo y construcción de relaciones (Harper, 2004). Pelzer argumentó que estos espacios deben continuar emergiendo en la educación superior para echar luz en las intersecciones de las experiencias de los varones negros y crear un “ambiente donde sientan que tienen respaldo para esperar más de sí mismos, donde se les pida que alcancen estándares más altos y se sientan cómodos expresando las experiencias vividas” (2006: 22). Iniciativas similares que involucran a los varones negros y latinos, o a los varones de color más en general, siguen apareciendo para mejorar las tasas de retención universitaria y los resultados académicos y fomentar el sentido de pertenencia al campus (Brooms, 2016; Harris y Wood, 2013; Saenz *et al.*, 2015). Los investigadores también impulsan una presencia mayor de perspectivas multidimensionales cuando se trate de otras identidades sociales (Berila, 2011; Chan, 2017; Gerschick, 2011; Longwood *et al.*, 2004). Con el objetivo de brindar mayor respaldo a los varones homosexuales en el campus, por ejemplo, Anderson-Martinez y Vianden (2014: 295) afirmaron:

Los cursos académicos y las actividades extracurriculares deberían incluir el desarrollo de la identidad de los varones gay... los programas de prevención de agresiones sexuales deberían ser inclusivos para los varones gay... los servicios para estudiantes LGBT deberían fomentar activamente el desarrollo de la identidad de género de los varones gay, en particular estimulando su participación en conversaciones sobre la *performance* de género, el ocultamiento

de la orientación sexual, las relaciones con los compañeros y el ambiente del campus.

Abordar mediante un marco multidimensional la praxis de los varones y de las masculinidades constituye una oportunidad insoslayable de trabajar con los varones dentro de sus comunidades, para así buscar la liberación de manera colaborativa. Sin embargo, al centrarse en las formas en que los varones podrían experimentar la opresión con base en sus identidades interseccionales, estas perspectivas pueden desviar la atención de su responsabilidad en el desmantelamiento de la opresión de género.

Las perspectivas feministas posmodernas y posestructuralistas de la praxis universitaria de varones y masculinidades intentaron abordar diversas corporizaciones de lo masculino. Este tipo de iniciativas opera poniendo en crisis las interpretaciones binarias y restrictivas del género con el fin de “impulsar la reconstrucción y transformación de todas las masculinidades... y dar lugar a una gama más amplia de expresiones e identidades de género” (Jourian, 2018: 5). Estas perspectivas tienen uso limitado en los campus universitarios y en atención a ello son muchas las académicas que ofrecen recomendaciones para avanzar en esta dirección teórica. Catalano y Jourian (2018), por ejemplo, exhortaron a los profesionales de los centros LGBTQ a usar estrategias que pongan en crisis el entendimiento normativo del género; argumentaron que los centros LGBTQ pueden crear espacios de diálogo centrados en cómo “los varones gay y los varones trans* habitan y actúan la masculinidad hegemónica o cómo las mujeres *queer* pueden reafirmar las normas hegemónicas masculinas” (*ibidem*, 45). Desde un marco similar, Kupo y Castellon (2018) sostuvieron que los centros de mujeres deben continuar comprometiéndose con modos más complejos y abarcativos de entender el género. Señalan, por ejemplo, cómo ahora algunos centros de mujeres van críticamente más allá del binarismo e incluyen experiencias de personas trans*, no binarias y mujeres *queer* o lesbianas masculinas (*masculine-of-center*). Además, en algunos casos se “reconoce que las masculinidades no corresponden solo a varones cisgénero y se trata de desmitificar activamente la misión de los centros de mujeres mediante la educación y la complejización de las nociones de género” (Kupo y Castellon, 2018: 20). Las perspectivas posmodernas y posestructuralistas intentan evaluar relaciones locales de poder en lugar de grandes estructuras sociales abstractas (Anyon, 1994), y a menudo consideran que la identidad, y específicamente el género, se construyen a través de *performances* (Butler, 2004). Entender las relaciones de poder y la *performance* de género en el contexto de la praxis de los varones y las masculinidades es necesario para separar a

los varones cisgénero de la masculinidad y para superar las interpretaciones esencialistas del género, el sexo y el cuerpo. Aun así, las académicas feministas han debatido la utilidad y la practicidad de los enfoques posmodernos y posestructuralistas en el trabajo por la liberación de género, particularmente cuando la atención y el análisis se desvían de las manifestaciones institucionales del patriarcado hacia las relaciones de poder individuales (Bhavani y Coulson, 2003; Currie, 1992).

Este análisis, al establecer conexiones entre perspectivas teóricas feministas y praxis universitaria de varones y masculinidades, proporciona una visión crítica sobre las limitaciones de las perspectivas estrechas o simplificadas en exceso. Para que el trabajo avance, quienes lo llevan a cabo tienen que comprender y aplicar mejor las diversas perspectivas feministas relacionadas con los varones, la masculinidad y el poder. Hacerlo les brindará la oportunidad de reflexionar críticamente sobre las oportunidades y los riesgos de sus enfoques para involucrarse en temas relacionados con los varones y masculinidades. Específicamente, tendrán que poner en tela de juicio el fundamento teórico de sus perspectivas, comprender el propósito y las limitaciones que se asocian con ellas y preguntarse cómo operan sus programas o iniciativas en la desestabilización de los sistemas que han mantenido la dominación sobre mujeres, trans*, *queer* y personas no binarias tanto en los campus universitarios como fuera de ellos.

VII. APLICACIÓN DE PERSPECTIVAS TEÓRICAS FEMINISTAS

Quienes trabajan en relación con varones y masculinidades deben ir más allá de entender y reconocer las perspectivas teóricas críticas, ya que deben también aplicarlas en su praxis. Este proceso exige examinar “si los marcos de referencia de la teoría contemporánea sobre la masculinidad se están cuestionando y cambiando con la incorporación integral de posturas feministas diferentes, y cómo” (Robinson, 2003: 134). La aplicación de teorías matizadas y a veces contradictorias relacionadas con el cuestionamiento al binarismo de género; el análisis del papel del poder individual, institucional y sistémico, y el reconocimiento de la interconexión de las opresiones a partir de marcos multidimensionales, brindan a la praxis de los varones y las masculinidades posibilidades liberadoras que no ofrecen los enfoques reduccionistas, selectivos y desinformados. Para concluir, presentamos a continuación un punto de partida para que quienes están a cargo de la tarea consideren críticamente las perspectivas feministas y las puedan aplicar en su praxis.

Al igual que los estudios académicos sobre masculinidad, la praxis de los varones y las masculinidades en la educación superior muchas veces no se compromete con los análisis equilibrados sobre el género y el poder. Jourian (2017, 2018) llamó la atención sobre la exclusión de las perspectivas teóricas críticas en el academicismo sobre varones y masculinidades, y lógicamente en la praxis a que da lugar, al examinar los modos en que los enfoques actuales cosifican la masculinidad hegemónica, el género y la blancura. Demostró, por ejemplo, que “se sigue teorizando las masculinidades como formadas y encarnadas exclusivamente por varones [blancos, heterosexuales] cisgénero” (2017: 245) y argumentó que el uso de perspectivas *queer* postintencionales, del feminismo de las mujeres de color y la política trans crítica en las prácticas y el academicismo de varones y masculinidades puede ofrecer “potenciales de liberación para todos, incluidos varones y mujeres cis y personas trans*”. Mediante la aplicación de teorías críticas en su investigación sobre varones y masculinidades, Jourian (2017, 2018) puso en cuestión los supuestos sobre el género que se daban por sentado e instó a los profesionales a cargo de los programas a involucrar a personas y corporalidades masculinas diversas en sus praxis.

Catalano, Wagner y Davis (2018) también exhortaron a aplicar a la praxis de los varones y las masculinidades una comprensión crítica y ampliada del género. Como se desprende de los ejemplos explorados, los programas sobre varones y masculinidades muchas veces expresan objetivos de conciencia, análisis y acción mientras pasan por alto “la comprensión de nuestras responsabilidades para con los demás por nuestras acciones, contribuciones, complicidades y ausencias” (Catalano *et al.*, 2018: 15). A partir del modelo de conciencia liberadora de Barbara Love (2013), las autoras desarrollaron un marco con conciencia de género que demuestra que la conciencia, el análisis y la acción deben ir unidos a la responsabilidad. A partir de un enfoque con conciencia de género basado en perspectivas teóricas multidimensionales, Catalano, Wagner y Davis (2018) instan a los profesionales a cargo de los programas no sólo a involucrar a otros en la comprensión de cómo la masculinidad constituye las interacciones y el sentido de sí, sino también a analizar el papel del género y la masculinidad como organizadores de las relaciones sociales. La práctica con conciencia de género ofrece una perspectiva del tipo *ambos/y* que deben utilizar el academicismo y la praxis de los varones y las masculinidades, en particular quienes recurren a la narrativa de la “masculinidad en crisis”.

Para aplicar de manera crítica las corrientes del pensamiento feminista, ofrecemos como estímulo a la reflexión y la acción las siguientes preguntas,

útiles para el diseño o la evaluación de programas sobre varones y masculinidades en la universidad:

- ¿Cuál es el propósito/intención de la iniciativa? ¿Cómo surgió la iniciativa en el campus?
- ¿Qué perspectivas teóricas feministas dan forma de modo predominante a la intención, el enfoque y los objetivos actuales de la iniciativa?
- ¿De qué manera estas perspectivas teóricas ofrecen oportunidades de impulsar una equidad de género con arraigo en la transformación sistémica? ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo podría integrárselas mejor en su praxis?
- ¿Cómo se incluyen en la iniciativa las experiencias de género en su intersección con otras identidades sociales (raza, sexualidad, clase, capacidad, etcétera)?
- ¿Qué limitaciones y daños potenciales existen? ¿Qué falta? ¿Cómo pueden aprovecharse en su praxis las perspectivas teóricas feministas para hacer frente de manera directa a estas limitaciones?

Esperamos que estas preguntas puedan servir como punto de partida para sustentar cómo nosotras, en tanto comunidad profesional, asumimos los matices, contradicciones, limitaciones y oportunidades que la evolución de las teorías feministas ofrece a la praxis de los varones y las masculinidades.

Las teorías feministas son complejas, están en constante evolución y no carecen de limitaciones, pero ofrecen enfoques y perspectivas múltiples para promover la equidad de género. En lugar de descansar estratégicamente en los marcos teóricos feministas más amigables con los objetivos de nuestras iniciativas, tenemos que cuestionarnos nosotras mismas para aprender y aplicar críticamente perspectivas feministas diversas y así avanzar en la lucha por la equidad de género. A modo de ejemplo, la narrativa de la “masculinidad en crisis”, que afianzó gran parte de la praxis de los varones y las masculinidades, desplazó el eje de la conversación de quienes en primer lugar resultan perjudicadas por la violencia y la opresión de género para colocarlo en el llamado a que los varones inviertan en la equidad de género como proyecto de autoservicio. Los programas también involucran de manera abrumadora la comprensión que tienen los varones de la masculinidad y sus tensiones con ella mediante el uso indistinto de los constructos “varones”, “masculino” y “masculinidades”, y la restricción de las masculinidades a “las experiencias de los varones, de quienes se presume que son, o son, varones cis en todos los casos” (Jourian, 2017: 245). Si bien entender

el impacto negativo de la socialización de género en los varones cisgénero puede servir como aproximación inicial para invitarlos a la conversación, se debe examinar cómo la socialización de género es un proceso sistemático a través del cual se mantiene y reproduce el poder sobre las mujeres, las personas *queer*, trans* y quienes no se conforman a ningún género. Por lo tanto, resulta clave reconocer las perspectivas teóricas feministas que en la práctica suelen pasarse por alto, en particular las perspectivas posmodernas y posestructuralistas que rompen con las interpretaciones normativas y binarias del género. Al involucrar a los varones y a las masculinidades en una praxis feminista fundamentada, los profesionales pueden dar lugar a oportunidades para la toma de conciencia crítica sobre el género y al mismo tiempo nombrar los impactos del patriarcado y los múltiples sistemas de opresión en todas las personas, sin crear falsas equivalencias o simetrías.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSON-MARTINEZ, R. y VIANDEN, J. (2014), "Restricted and adaptive masculine gender performance in white gay college men", *Journal of Student Affairs Research and Practice*, 51(3).
- ANYON, J. (1994), "The retreat of Marxism and socialist feminism: postmodern and poststructural- theories in education", *Curriculum Inquiry*, 24(2).
- ANZALDUA, G. (1987), *Borderlands La Frontera: The New Mestiza*, San Francisco, CA, Spinsters/Aunt Lute.
- ASHE, F. (2007), *The New Politics of Masculinity: Men, Power, and Resistance*, Nueva York, NY, Routledge.
- BARONE, R.P. et al. (2007), "Presenting sexual assault through engaging college men", *Journal of College Student Development*, 48(5).
- BERGGREN, K. (2014), "Sticky masculinity: post-structuralism, phenomenology and subjectivity in critical studies on men", *Men and Masculinities*, 17(3).
- BERILA, B. (2011), "Queer masculinities in higher education", en LAKER J.A. y DAVIS T. (eds.), *Masculinities in Higher Education: Theoretical and Practical Considerations*, Nueva York, NY, Routledge.
- BHAVANI, K. y COULSON, M. (2003), "Race", en EAGLETON M. (ed.), *A Concise Companion to Feminist Theory*, Oxford, RU, Blackwell.
- BRIDGES, T.S. (2008), "The new politics of masculinity: men, power, and resistance", *Journal of Men's Studies*, 16(2).
- BRITTAN, A. (1989), *Masculinity and Power*, Oxford, RU, Blackwell.

- BROOMS, D.R. (2016), “«Building us up»: supporting Black male college students in a Black male initiative program”, *Critical Sociology*, 44(1).
- BUTLER, J. (1990), *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, NY, Routledge.
- BUTLER, J. (2004), *Undoing Gender*, Nueva York, NY, Routledge.
- CARRIGAN, T. *et al.* (1985), “Toward a new sociology of masculinity”, *Theory and Society*, 14(5).
- CATALANO, D.C.J. y JOURIAN, T.J. (2018), “LGBTQ centers: a queering of gender-aware practice”, *New Directions for Student Services*, 164.
- CATALANO, D.C.J. *et al.* (2018), “Approaching masculinities through a gender-aware practice framework”, *New Directions for Student Services*, 164.
- CHAN, J. (2017), “Am I masculine enough? Queer Filipino college men and masculinity”, *Journal of Student Affairs Research and Practice*, 54(1).
- CHODOROW, N. (1978), *The Reproduction of Mothering*, Berkeley, CA, University of California Press.
- CHODOROW, N. (1989), *Feminism and Psychoanalytic Theory*, New Haven, CT, Yale University Press.
- COMBAHEE RIVER COLLECTIVE (1977), “A Black feminist statement”, en MANN S.A. y PATTERSON A.S. (eds.), *Reading Feminist Theory*, Nueva York, NY, Oxford University Press.
- CONNELL, R. (1994), “Psychoanalysis on masculinity”, en BROD H. y KAUFMAN, L., *Theorizing Masculinities*, Thousand Oaks, CA, Sage Publications.
- CONNELL, R.W. (2005), *Masculinities*, Los Angeles, CA, University of California Press.
- CORNELL, D. (1976), *The Rocking of the Cradle, and the Ruling of the World*, Nueva York, NY, Harper y Row.
- CORNELL, D. (1998), *At the Heart of Freedom: Feminism, Sex, and Equality*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- COX, A.M. *et al.* (1997), “Masculinity without men: women reconciling feminism and male identification”, en HEYWOOD L. y DRAKE J. (eds.), *Third Wave Agenda: Being Feminism, Doing Feminism*, Minneapolis, MN, University of Minnesota Press.
- CRENSHAW, K. (1989), “Demarginalizing the intersection of race and sex: a Black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory, and antiracist politics”, en MANN S.A. y PATTERSON S.A. (eds.), *Reading Feminist Theory*, Nueva York, NY, Oxford University Press.

- CURRIE, D.H. (1992), "Feminist encounters with postmodernism: exploring the impasse of debates patriarchy and law", *Canadian Journal of Women y the Law*, 5(1).
- DEKESEREDY, W.S. y SCHWARTZ, M.D. (2005), "Masculinities and interpersonal violence", en KIMMEL M.S. *et al.* (eds.), *Handbook of Studies on Men and Masculinities*, Londres, RU, Sage Publications.
- DWORKIN, A. (1987), *Intercourse*, Nueva York, NY, Free Press.
- EDWARDS, T. (2005), "Queering the pitch? Gay masculinities", en KIMMEL, M.S. *et al.* (eds.), *Handbook of Studies on Men and Masculinities*, Thousand Oaks, CA, Sage Publications.
- EDWARDS, K.E. y JONES, S.R. (2009), "«Putting my man face on»: a grounded theory of college men's gender identity development", *Journal of College Student Development*, 50(2).
- GARDINER, J.K. (1992), "Psychoanalysis and feminism: an American humanist's view", *Signs*, 17(2).
- GARDINER, J.K. (2002), "Introduction", en GARDINER J.K. (ed.), *Masculinity Studies y Feminist Theory*, Nueva York, NY, Columbia University Press.
- GARDINER, J.K. (2005), "Men, masculinities, and feminist theory", en KIMMEL, M.S. *et al.* (eds.), *Handbook of Studies on Men and Masculinities*, Thousand Oaks, CA, Sage Publications.
- GERSCHICK, T.J. (2011), "Disability identity intersections with masculinities", en LAKER J.A. y DAVIS T. (eds.), *Masculinities in Higher Education: Theoretical and Practical Considerations*, Nueva York, NY, Routledge.
- HALBERSTAM, J. (1998), *Female Masculinity*, Durham, NC, Duke University Press.
- HANMER, J. (1990), "Men, power, and the exploitation of women", en HEARN, J. y MORGAN, D. (eds.), *Men, Masculinities, y Social Theory*, Cambridge, MA, Unwin Hyman, Inc.
- HARE-MUSTIN, R.T. (2004), "Can we demystify theory? Examining masculinity discourses and feminist postmodern theory", *Journal of Theoretical and Philosophical Psychology*, 24(1).
- HARPER, S.R. (2004), "The measure of a man: conceptualizations of masculinity among high-achieving African American male college students", *Berkeley Journal of Sociology*, 48.
- HARPER, S.R. *et al.* (2005), "A theoretical model to explain the overrepresentation of college men among campus judicial offenders: implications for campus administrators", *NASPA Journal*, 42(4).

- HARRIS, F. III. (2010), “College men’s meanings of masculinities and contextual influences: toward a conceptual model”, *Journal of College Student Development*, 51(3).
- HARRIS, F. III. y HARPER, S.R. (2008), “Masculinities go to community college: understanding male identity socialization and gender role conflict”, *New Directions for Community Colleges*, 142.
- HARRIS, F. III. y WOOD, J.L. (2013), “Student success for Men of Color in community colleges: a review of published literature and research, 1998-2012”, *Journal of Diversity in Higher Education*, 6(3).
- HARRIS, F. et al. (2011), “«Cool posing» on campus: a qualitative study of masculinities and gender expression among Black men at a private research institution”, *The Journal of Negro Education*, 80(1).
- HARSTOCK, N. (1990), “Foucault on power: a theory for women”, en NICHOLSON, L. (ed.), *Feminism/Postmodernism*, Londres, RU, Routledge.
- HAYWOOD, C. y MAC AN GHAILL, M. (2012), “«What’s next for masculinity?» Reflective directions for theory and research on masculinity and education”, *Gender and Education*, 24(6).
- HELLER, J. (2009), “A feminist assessment of the strengths, weaknesses, and possibilities of profem- inist scholarship and politics”, *Sex Roles*, 61.
- HILL, M. (2003), “Re-visioning women’s studies”, *Feminist Theory*, 4(3).
- HILL, M. (2007), “Masculinity studies and male violence: critique or collusion?”, *Women’s Studies International Forum*, 30(5).
- HOOKS, B. (1998), “Men: Comrades in struggle”, en SCHACHT, S.P. y EWING, D.W., *Feminism and Men*, Nueva York, NY, New York University.
- HOOKS, B. (2000), *Feminist Theory: from Margin to Center*, Londres, RU, Pluto Press.
- HOOKS, B. (2015), *Feminism is for Everybody: Passionate Politics*, Nueva York, NY, Routledge.
- HORROCKS, R. (1994), “Masculinity in crisis”, *Self y Society*, 22(4).
- HOWSON, R. (2006), *Challenging Hegemonic Masculinity*, Nueva York, NY, Routledge.
- IRIGIRAY, L. (1985), *Speculum of the Other Woman*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- JOURIAN, T.J. (2017), “Transforming college masculinities: carving out trans-masculine pathways through the threshold of dominance”, *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 30(3).

- JOURIAN, T.J. (2018), “Trans*forming higher education men and masculinity studies: a critical review”, *NORMA International Journal for Masculinity Studies*, 13(1).
- KUPO, V.L. y CASTELLON, J. (2018), “Integrating a gender equity lens: shifting and broadening the focus of women’s centers on college campuses”, *New Directions for Student Services*, 164.
- LONGWOOD, W.M. *et al.* (2004), “Men, spirituality, and the collegiate experience”, en KELLOM, G.E. (ed.), *Developing Effective Programs and Services for College Men*, San Francisco, Jossey-Bass.
- LORBER, J. (1994), *Paradoxes of Gender*, New Haven, CT, Yale.
- LOVE, B.J. (2013), “Developing a liberatory consciousness”, en ADAMS, M. *et al.* (eds.), *Readings for Diversity and Social Justice*, 3a. ed., Nueva York, NY, Routledge.
- MANN, S.A. y PATTERSON, A.S. (eds.), (2016), *Teorías feministas multidimensionales: from modernity to post-modernity*, Nueva York, NY, Oxford University Press.
- MCMAHON, A. (1993), “Male readings of feminist theory: the psychologization of sexual politics in the masculinity literature”, *Theory and Society*, 22(5).
- MEAD, M. (1935), “Sex and temperament in three primitive societies”, en MANN, S.A. y PATTERSON, A.S. (eds.), *Reading Feminist*, Nueva York, NY, Oxford University Press.
- MESSNER, M.A. (1998), “Radical feminist and socialist feminist men’s movements in the United States”, en SCHACHT, S.P., EWING, D.W. (eds.), *Feminism and Men*, Nueva York, NY, New York University Press.
- MITCHELL, J. (1975), *Psychoanalysis and Feminism*, Nueva York, NY, Vintage Books.
- MUTUA, A. (2013), “Multidimensionality is to masculinities what intersectionality is to feminism”, *Nevada Law Journal*, 12(52).
- NEWSOM, J. *et al.* (2016), *The Mask You Live in*, Estados Unidos, Virgil Films (película).
- O’NEILL, R. (2015), “Whither critical masculinity studies? Notes on inclusive masculinity theory, postfeminism, and sexual politics”, *Men and Masculinities*, 18(1).
- PEASE, B. (2000), *Recreating Men: Postmodern Masculinity Politics*, Thousand Oaks, CA, Sage Publications.
- PELZER, D.L. (2016), “Creating a new narrative: reframing black masculinity for college men”, *The Journal of Negro Education*, 85(1).
- PETERSON, A. (2003), “Research on men and masculinities: some implications of recent theory for-future work”, *Men and Masculinities*, 6(1).

- RAMAZANOGLU, C. (1992), "What can you do with a man?: feminism and the critical appraisal of masculinity", *Women's Studies International Forum*, 15(3).
- REDSTOCKINGS (1969), "Redstockings manifiesto", en MANN, S.A. y PATTERSON, A.S. (eds.), *Reading Feminist Theory*, Nueva York, NY, Oxford University Press.
- REUTHER, R.R. (1992), "Patriarchy and the men's movement: part of the problem or part of the solution?", en HAGEN, K.L. (ed.), *Women Respond to the Men's Movement*, San Francisco, CA, Pandora.
- ROBINSON, S. (2002), "Pedagogy of the opaque: teaching masculinity studies", en GARDINER, J.K. (ed.), *Masculinity Studies y Feminist Theory*, Nueva York, NY, Columbia University Press.
- ROBINSON, V. (2003), "Radical revisionings?: the theorizing of masculinity and (radical) feminist theory", *Women's Studies International Forum*, 26(2).
- ROSE, J. (1977), "Toward gender justice", en SNODGRASS, J. (ed.), *For Men Against Sexism*, Albion, CA, Times Change Press.
- ROSE, J. (1983), "Femininity and its discontents", *Feminist Review*, 14.
- ROWBOTHAM, S. (1981), "The trouble with patriarchy", en SAMUEL, R. (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Londres, RU, Routledge.
- RUBIN, L. (1985), *Intimate Strangers*, Londres, Fontana.
- SAENZ, V.B. et al. (2015), "(Re)defining masculinity through peer interactions. Latino men in Texas community colleges", *Journal of Student Affairs Research and Practice*, 52(2).
- SAYER, A. (1997), "Essentialism, social constructionism, and beyond", *Sociological Review*, 45(3).
- SEDGWICK, E.K. (1985), *Between Men: English Literature and Male Homosexual Desire*, Nueva York, NY, Columbia Press.
- SEGAL, L. (1987), *Is the Future Female?: Troubled Thoughts on Contemporary Feminism*, Londres, RU, Virago.
- SEGAL, L. (1990), *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Men*, Londres, RU, Virago.
- SHAPIRO, A. (1994), "History and feminist theory; or, talking back to the beadle", en SHAPIRO, A. (ed.), *Feminists Revision History*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.
- SMIRNOVA, M. (2018), "Small hands, nasty woman, and bad hombres: hegemonic masculinity and humor in the 2016 presidential election", *Socius: Sociological Research for a Dynamic Word*, 4.

- SPIVAK, G.C. (1988), “Can the subaltern speak?”, en NELSON, C. y GROSSBERG, L. (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Urbana, IL, University of Illinois Press.
- SPRENGNETH, M. (1990), *The Spectral Mother: Freud, Feminism, and Psychoanalysis*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- STERLING, A.F. (2000), “Should there be only two sexes?”, en MANN, S.A. y PATTERSON, A.S. (eds.), *Reading Feminist Theory*, Nueva York, NY, Oxford University Press.
- TRAISTER, B. (2000), “Academic Viagra: the rise of American masculinity studies”, *American Quarterly*, 52(2).
- WHITEHEAD, S. (2002), *Men and Masculinities: Key Themes and New Directions*, Malden, MA, Polity.
- WIEGMAN, R. (2002), “Unmaking: men and masculinity in feminist theory”, en GARDINER, J.K. (ed.), *Masculinity Studies y Feminist Theory*, Nueva York, NY, Columbia University Press.
- WILLIAMS, J. (2013), “Thinking through the «boy crisis»: from multiple masculinities to intersectionality”, en FINEMAN, M.A. y THOMSON, M. (eds.), *Exploring Masculinities: Feminist Legal Theory Reflections*, Farnham, Surrey, UK, Ashgate.
- WOLLSTONECRAFT, M. (2001), *A Vindication of the Rights of Woman*, Nueva York, NY, Random House.
- WRIGHT, L. (2005), “Introduction to queer masculinities”, *Men and Masculinities*, 7(3); *Thresholds*, vol. 42, núm. 1, otoño de 2019.

Nota de les editorxs: este artículo fue originariamente publicado como “Feminist Theorizing of Men and Masculinity: Applying Feminist Perspectives to Advance College Men and Masculinities Praxis”, *Thresholds*, Vol. 42, Issue 1, Fall 2019, pp. 17-35.